

LIBROS / Críticas

Tres reales vidas imaginarias

Por Alberto Manguel

NARRATIVA. DE TODAS LAS RAMAS de la ficción, la biografía es quizá la más eficaz. Elegir un personaje hecho de carne y volverlo a la vida como un gólem hecho de palabras que lleva consigo documentos de identidad aprobados por la burocracia estatal es un acto de magia que permite al escritor presentar ante sus lectores, con rigurosa imparcialidad académica, una vida imaginaria. Ni Capercucita Roja ni Emma Bovary gozan de las prerrogativas de las que disfrutaron el Cervantes de Jean Canavaggio o el García Márquez de Gerald Martin.

En el siglo XVII, el genial John Aubrey sorteó las biografías del tamaño de novelas y redujo tales vidas a la medida de un minicuento, concentrándose en ciertos episodios que él juzgó (y que tal vez son) esenciales. Sus discípulos fueron Marcel Schwob y Jorge Luis Borges, y hoy son Pierre Michon y René de Ceccatty. Con más modestia que sus predecesores, quienes narraron un buen número de vidas breves, el talentoso Vicente Valero (Ibiza, 1963) ha decidido contarnos tan sólo las vidas de tres grandes poetas, cada una resumida a un momento ejemplar. San Juan de la Cruz, Friedrich Hölderlin y Fernando Pessoa son los elegidos,



El arte de la fuga
Vicente Valero
Periférica
Cáceres, 2015
103 páginas
14,75 euros

y cabe preguntarse (porque Valero no nos lo aclara) por qué estos tres y no otros. Esta pregunta encierra el misterio central de este admirable libro. La vida de San Juan de la Cruz fue escrita por primera vez por un contemporáneo, el fraile carmelita José de Velasco, y se concentra sobre los milagros atribuidos al santo. Valero no nos habla de milagros, ni nos hace la crónica de los largos viajes ni de las disputas teológicas en las que el santo intervino. Se concentra en cambio en la muerte de Juan, en la dolorosa agonía de un cuerpo infectado que se disuelve en podredumbre mucho antes de que el alma se libere para siempre.

Si la muerte de San Juan de la Cruz es un regreso al Amado, el regreso del Hölderlin —pobre, andrajoso, trastornado— a la casa de su amigo Christian Landauer en Stuttgart desde la España salvaje que había visitado y a través de una Francia sembrada de adversidades es también un viaje amoroso. Aquí sí Valero traza minuciosamente el recorrido del poeta enamorado de la Grecia antigua, que lleva consigo la desolación de saber que su amada Suzette ha muerto. El viaje celestial de San Juan hacia su Dios y el camino del purgatorio que emprende el joven y enamorado Hölderlin son los dos primeros capítulos de una suerte de comedia en sentido inverso, que concluye, naturalmente, con un infierno, el de Fernando Pessoa, que sabe que debe huir hacia su esencia, hacia ese lugar imposible en el que se hallará a sí mismo. Mientras, se resigna a ser una voz que es muchas voces, la de sus heterónimos, que declaran, cada una a su modo, "la certidumbre que aguarda siempre entre los escombros". •

Entre la letanía y el guirigay

Lobo Antunes ha compuesto en *Comisión de las lágrimas* un libro inexpugnable. Pretende ser un mosaico de vivos colores lingüísticos, pero deja al lector extenuado

Por Antonio Orejudo

NARRATIVA. MIHAIL BAJTIN FUE un crítico literario ruso que a principios del siglo XX advirtió la peculiar textura lingüística del mundo moderno: vivimos en el interior de un pasadizo de voces en perpetuo conflicto, a través de las cuales se manifiestan la ideología y los intereses de cada grupo social, también en permanente tensión. El género literario más adecuado, según Bajtin, para recoger esta polifonía era la novela, el tipo de novela que había escrito Dostoievski, a quien dedicó uno de sus principales estudios: leyendo sus novelas oímos la variedad dialógica del mundo, y a través de su estilo (que en realidad es una ausencia de estilo) percibimos ese bazar de valores e intereses sociales que inaugura la modernidad. Pues bien, muchos de los libros de António Lobo Antunes (Lisboa, 1942), y especialmente *Comisión de las Lágrimas*, son composiciones polifónicas. O, para ser más preciso, querían serlo.

No todos los escritores están dotados para percibir y recrear ese pasadizo de voces que describió Bajtin. No sólo hay que tener buen oído y un talento parecido al de los imitadores de voces; es necesario además que el escritor sea capaz de renunciar a su propio estilo y de convertirse en una especie de ventrílocuo a través del cual se manifiestan los diferentes lenguajes que conforman la peculiar textura polifónica del mundo. Por eso, escritores con personalidades lingüísticas fuertes y autoritarias como Quevedo, por ejemplo, tan admirado por Lobo Antunes, son incapaces de escribir, si es que alguna vez tuvieron semejante intención, ese tipo de novelas de las que hablaba Bajtin. sencillamente, no están capacitados para una renuncia tan dolorosa. Hay que ser muy líquido para escribir así, y Lobo Antunes es un escritor demasiado sólido, con una voz tan potente que solapa cualquier otra

que no sea la suya, reconocible desde la primera línea.

Esta dificultad, que me pareció patente en otros libros suyos como *El orden natural de las cosas* (1992) o *Manual de inquisidores* (1996), donde no hay una verdadera creación de voces, sino una simple profusión de narradores, que escriben todos con la misma excelencia que Lobo Antunes,



Vista del tranvía en el centro de Lisboa. Foto: Rafael Marchante

Comisión de las lágrimas

António Lobo Antunes
Traducción de Antonio Sáez Delgado
Literatura Random House, Barcelona, 2015
314 páginas
21,90 euros

nes, y una multiplicación de perspectivas, algunas de ellas excesivamente maniqueas, la vuelvo a encontrar en su última obra, unas extensas memorias de África contadas por Cristina desde un hospital psiquiátrico de Lisboa, ciudad a la que regresó desde Angola siendo una niña y acompañada de su madre, una inmigrante portuguesa que trabajó de corista y de algo más en un cabaré de Luanda durante los años previos a la independencia del país, y de su padrastro, un resentido exsacerdote negro que aprovechó su mandato en una comisión oficial del primer Gobierno angolés, llamada Comisión de las Lágrimas, para vengarse de toda la humillación acumulada durante la etapa colonial.

Según los expedientes de prensa, el libro parte de un sangriento suceso real ocurrido tras la independencia de Angola, pero no da ninguna información al respecto y abandona al lector a su suerte,

supongo que para que se sienta entre sus páginas tan perdido como en la vida misma, obligado a buscar en Google los datos que el autor le escamotea para poder darle al texto algún sentido.

Comisión de las Lágrimas es un libro deliberadamente inexpugnable, que se permite ser legible sólo en ocasiones, aprovechando el inmerecido prestigio que tienen entre nosotros los textos difíciles y la interesada confusión entre complejidad y oscuridad. Su narradora es una esquizofrénica que oye voces y recuerda. Y el libro quiere reproducir con la máxima fidelidad, con una admirable fe en los principios estéticos del arte realista que supuestamente quiere superar por insuficientes, el flujo de la memoria (sin puntos y seguido, como mandan los cánones) de esta mente escindida que no sólo habla con su propia voz, sino también con la voz de su madre, de su padrastro y de otros personajes secundarios, cuyos relatos son interrumpidos por las voces que protagonizan tales relatos, o por sus ecos, que se repiten como letanías a lo largo de todo el libro.

La obra está concebida como una composición cubista en la que las voces debían mezclarse, las estructuras sintácticas dislocarse y los planos temporales superponerse con el fin de recoger todas las voces que han contado qué es Portugal, qué es Angola y cómo fue su independencia.

Pero falla la ejecución. Lo que querría haber sido un mosaico de vivos colores lingüísticos, un combate de voces e ideologías, se queda en una larga letanía homogeneizada por el poderoso estilo de Lobo Antunes: 314 páginas de prosa sincopada, construida a base de anacolutos voluntarios, de oraciones interrumpidas por otras oraciones que son abortadas a su vez por la que viene a continuación o coordinadas con ella mediante comas, y que deja al lector extenuado, literalmente aplastado por el predominio inmisericorde de la forma, sin fuerzas para apreciar el contenido, si lo hay. •

Gracias, maldito cerebro

Por Mercedes Cebrían

ENSAYO. ¿CÓMO NARRAR UN ICTUS y sus consecuencias en pleno proceso de convalecencia y rehabilitación? Jorge M. Reverte lo ha logrado empleando el recurso retórico más balsámico a nuestro alcance: el humor. Todo empezó el 9 de septiembre de 2014: Reverte se empezó a sentir mal, se mareaba y veía doble; el mismo intuyó que sufría un ictus. En esta crónica, titulada con sorna *Inútilmente guapo*, el periodista y escritor relata las adversidades vividas desde aquel fatídico día hasta la primavera de 2015.

Desde el prólogo, el neurólogo Esteban García-Albea confirma que el ictus le produjo el deterioro de funciones como la deglución y la articulación del lenguaje; afortunadamente, su capacidad para entender el entorno quedó intacta, de ahí que Reverte no haya querido pasar por alto la oportunidad —así la considera él— que le



Inútilmente guapo

Jorge M. Reverte
La Esfera de los Libros
Madrid, 2015
243 páginas
19,90 euros

ha dado la vida de narrar su minusvalía temporal. Si bien, y como no podía ser de otra manera, Reverte centra su atención en cada uno de los minúsculos progresos de su cuerpo durante su nuevo estado, no por ello pierde la perspectiva en relación con sus privilegios, lo cual proporciona una dimensión colectiva a su relato. Entre estos privilegios destacan el cariño y apoyo de su familia y amigos, pero también la suerte de contar con antibióticos personalizados para tratar su segunda neumonía, medicinas "que debían costarles un riñón a los cotizantes", en sus propias palabras.

Inútilmente guapo es un reto para críticos y lectores: ¿cómo evaluar la narración de una estancia en la UVI, de una traqueotomía y de una terapia de rehabilitación motora? Por esta razón, quizá entremos con ciertas reservas a esta crónica, pero en la página 30, nada más leer "es muy gratificante saber dónde se encuentra uno cuando la está palmando", nos dejamos llevar de la mano de Reverte por su proceso de aprendizaje acerca de la desconexión temporal de cuerpo y mente, aun cuando él mismo sabe que son inseparables, de ahí el frecuente "me duele todo yo" con el que cierra varios capítulos.

La habilidad literaria del autor se deja ver en la organización de su relato, formado por capítulos breves, a modo de instantáneas con etiquetas de expresivos títulos como *Intrusos en la UVI*, *Elogio de la Thermomix* o *Las flemas*. El modo de presentar los delirios sufridos durante sus noches en la UVI, como si se tratase de historias de aventuras en las que aparecen hasta los independentistas catalanes, es un gran acierto y parece la única posibilidad de abordar una experiencia tan atroz. •

EL PAÍS BABELIA 03.10.15 7